

Memoria y desmemoria

La idiotez de Dios

Una reflexión sobre el recuerdo y el olvido

Jesús Ezquerro Gómez

La inteligencia es una forma de olvido. Para entender algo es preciso distanciarse de su singularidad irrepetible, dejar de considerarlo abstractamente



Julia Dorado

No es lo mismo el *recuerdo* que la *memoria*. Un ordenador tiene *memoria* (una memoria perfecta, sin fallos) pero sería absurdo decir que tiene *recuerdos*. Los ordenadores no *recuerdan* nada. No viven; no tienen, por lo tanto, tiempo que perder y que recuperar. Dicho de otro modo: son *idiotas*. Solo un perfecto idiota puede poseer una memoria perfecta. La memoria es algo *cerebral*; el recuerdo, por el contrario, tiene que ver con el *corazón* (“recuerdo” viene del latín *cor, cordis*). El corazón es frágil, inconstante, tiene palpitos, soplos, arritmias, aceleraciones, paradas. Es decir, está *vivo*. La memoria, sin embargo, es algo así como un cementerio de datos. Los

datos son el sedimento del pasado; un pasado que, gracias a ellos, se vuelve *intemporal*. Los datos de la memoria son exactos, perennes, inertes, sin interferencias del vivir. En el recuerdo, sin embargo, se *revive* el pasado, se le rescata, fugazmente, de la muerte.

Recordar tiene un precio: en el recuerdo el pasado deja de ser lo que fue. *Lo recordamos desacordándonos de él*. Por así decir, se le rescata de sí mismo. El precio del recuerdo es, pues, el *olvido*. Por eso todo genuino recuerdo es *falso*. “La diferencia entre los recuerdos falsos y los verdaderos –escribió Salvador Dalí– es la misma que para las joyas: son siempre las falsas las que parecen más reales, más

brillantes”.¹ Ese brillo del falso recuerdo, del *recuerdo desmemoriado*, es el de todo lo que está vivo.

La inteligencia es una forma de olvido. Para entender algo es preciso distanciarse de su singularidad irrepetible, dejar de considerarlo *abstractamente* (“abstracto” viene del participio de “*abstrahere*”, es decir, aislar algo de su contexto separándolo de él). La cosa, en su inmediatez, es *innombrable*. Sólo podríamos referirnos a ella diciendo: “esto” o, mejor aún,

¹ S. Dalí, *La vida secreta de Salvador Dalí*, cap IV, en S. Dalí, *Obra completa I*, Destino, Barcelona, 2003, pp. 303-4.

señalándola con el dedo. Pero eso no nos ofrece una comprensión de la misma; solo la sitúa en relación a nosotros. Comprender verdaderamente *esta* cosa sería *nombrarla*, es decir, subsumirla bajo un universal que expresara lo que esa cosa *es*. Por consiguiente, entender una cosa es, en cierto modo, trascender esa cosa, despegar nuestras narices de ella y mirar más allá, al bosque que ese árbol nos impide ver. Por lo tanto, condición de la inteligencia es el *olvido* de lo singular. No olvidar nada es estar condenado a la idiotez.

La psiquiatría tiene un curioso nombre para un singular tipo de autistas con una memoria prodigiosa: “*Idiot savant*”.² Este oxímoron fue la feliz ocurrencia de J. Langdon Down, el médico que describió esta paradójica forma de locura. Algunas de las proezas de las que son capaces estos enfermos mentales son, por ejemplo, recitar de memoria los ocho tomos de *The rise and fall of the Roman Empire* de Edward Gibbon o tocar sin fallos el concierto número uno de Tchaikovsky sin haber recibido nunca lecciones de piano y tras haberlo oído tan sólo una vez.

¿Cómo puede ser sabio un idiota? (lo inaudito es que un idiota sea sabio, no que un sabio sea idiota: sabios idiotas los hay a patadas). Los *idiots savants* poseen una memoria *mecánica* o *automática*, no *semántica*, es decir, recuerdan una cantidad ingente de información pero *sin comprenderla*. La abrumadora memoria de estos deficientes mentales parece ser, por lo tanto, un peculiar modo de *olvido*. La prolija información que procesan en su mente es un estorbo para entender el mensaje más sencillo. Su habilidad para percibir exhaustivamente las peculiaridades de la realidad parece co-

2 Sobre el síndrome del savant se pueden consultar, entre otros, los trabajos de Darold A. Treffert. Por ejemplo: D. A. Treffert y G. L. Wallace “Islands of Genius”, *Scientific American Mind*, Jan. n.º 1 (2004), pp. 14-23 y D. A. Treffert, “The savant syndrome: an extraordinary condition. A synopsis: past, present, future”, *Philosophical Transactions of The Royal Society B*, n.º 364 (2009), pp. 1351-1357.

rrrelativa a su incapacidad de entender esa realidad. Su ilimitado saber es, pues, una forma paradójica de idiotez. Salomón Shereshevski, el célebre mnemonista estudiado por el psicólogo soviético Alexander Luria, tenía graves dificultades para leer un texto por sencillo que fuera. La razón es que cada palabra traía a su mente una gran cantidad de imágenes asociadas a esa palabra, imágenes que se iban incrementando cada vez que volvía a evocar esa palabra, dado que no podía olvidar nada.³ Ese no olvidar nada es una forma paradójica de olvido. El olvido, escribe Clément Rosset, no es la desaparición de los recuerdos sino su aparición conjunta, simultánea e indiferenciada: “Los borrachos son como los elefantes: no olvidan nada. Y justo por esa razón nunca se acuerdan de nada”.⁴

“ No olvidar nada es estar condenado a la idiotez. ”

Jorge Luis Borges imaginó en uno de sus más célebres cuentos un personaje de este tipo: Funes el Memorioso, poseedor de una memoria absoluta:

Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc. Podía reconstruir

3 Véase A. R. Luria, Pequeño libro de una gran memoria; la mente de un mnemonista, Oviedo, KRK, 2009, pp. 183 ss.

4 C. Rosset, *Lo real*. Tratado de la idiotez, Valencia, Pre-Textos, 2004, p. 32.

todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero. Me dijo: *Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo*.⁵

Borges extrae la consecuencia inevitable: un ser con una memoria así es “incapaz de ideas generales, platónicas”.⁶ A Funes, en efecto, hasta “le molestaba que el perro de las tres catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)”.⁷ Por consiguiente, el narrador sospecha que Funes “no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar... En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos”.⁸ Funes poseía un conocimiento exacto y exhaustivo de aquellas singularidades con las que se iba topando a lo largo de su existencia. En su límite, es decir, en el caso de un sujeto de conocimiento sin limitación de espacio y tiempo, ese conocimiento equivaldría a la captación total, exacta y exhaustiva de cada una de las singularidades, es decir, del universo. Tal sería el conocimiento de Dios.

Frente a la memoria absoluta de Dios, que rescata del tiempo a lo real, a costa de la idiotez y la muerte, el hombre habita el presente frágil, efímero y mentiroso, –pero vivo y lúcido– del recuerdo.

5 J. L. Borges, *Obras completas I*, Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 488.

6 *Ibid.*: 490. Lo mismo le sucedía al sujeto estudiado por Alexander Luria. Véase Luria, *ob. cit.*, pp. 203-9.

7 *Ibid.* Salomón Shereshevski, el hombre estudiado por Luria, llegó a estar a punto de padecer el denominado delirio de sosías. Los que padecen este trastorno sospechan que sus seres más cercanos son dobles de sus verdaderos parientes y amigos, a los que extraños poderes han eliminado (Luria, *ob. cit.*, p. 26). Que un hipermnésico tenga este delirio tiene su lógica: para alguien con una memoria absoluta una persona son muchas personas y un objeto son muchos objetos; tantos como perspectivas tenga de él en cada momento y en cada circunstancia.

8 J. L. Borges, *ob. cit.*, p. 490.